



MISA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Teologado de Alicante, 26 de enero de 2018

El Beato Pablo VI en un discurso pronunciado en Fossanova el 14 de septiembre de 1974, con motivo del séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino, se preguntaba: “¿Maestro Tomás, que lección nos puedes dar?”. Y respondía así: *“La total confianza en la verdad del pensamiento religioso católico, el cual por él fue defendido, expuesto, abierto a la capacidad cognoscitiva de la mente humana”. Y el mismo día, en Aquino, refiriéndose siempre a Santo Tomás, afirmaba: “¡Todos, cuantos somos hijos fieles de la Iglesia podemos y debemos, al menos en alguna medida, ser sus discípulos!”.*

Entremos en la escuela de Santo Tomás y de su obra cumbre la Suma Teológica, nos enseñaba Benedicto XVI en su catequesis del 23 de junio de 2010, y encontraremos un razonamiento preciso, *“en el que la aplicación de la inteligencia humana a los misterios de la fe procede con claridad y profundidad, entrelazando preguntas y respuestas, en las cuales Santo Tomás profundiza la enseñanza que viene de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, sobre todo de San Agustín”.* En esta reflexión –dirá-, en la que usa incluso *“del método y el pensamiento de los filósofos antiguos, particularmente de Aristóteles, llega a formulaciones precisas, lúcidas y pertinentes, de las verdades de la fe, donde la verdad, don de la fe, resplandece y es accesible para nosotros, por nuestra reflexión”.* A ello, añade el papa emérito, que Santo Tomás con su propia vida, nos enseña que ese “esfuerzo de la mente humana” debe estar siempre “iluminado por la oración, por la luz que viene de lo alto”. “Solo quien vive unido a Dios y a sus misterios puede entender lo que ellos nos enseñan”; concluye.

Es esta unidad profunda de estudio y oración la que queda reflejada en la Oración Colecta de la misa que estamos celebrando, donde se define a Santo Tomás de “preclaro”, tanto por su “dedicación a las Ciencias Sagradas” como por su “anhelo de santidad”; y en la que hemos pedido a Dios tanto “entender lo que él enseñó” como “imitar el ejemplo que nos dejó en su vida”.

El evangelio de S. Mateo que acabamos de escuchar nos brinda, igualmente, la ocasión de percatarnos de la necesaria vinculación entre conocimiento y amor, entre escuchar y hacer, entre vida y fe. Con estos versículos, que se han proclamado, se concluye el importante “Sermón de la montaña”. Desarrollan una doble trama. En un primer momento, Jesús perfila la figura del verdadero discípulo; posteriormente, con dos parábolas, sella su enseñanza.

Jesús adopta la actitud del maestro que quiere dejar bien clara la correspondencia entre decir y hacer. Jesús lo expresa decididamente con la frase “hacer la voluntad del Padre”, expresión que, según la perspectiva de S. Mateo, se hace realidad en los compromisos diarios, en la vida, aunque tiene proyección escatológica.

La función de las dos parábolas al final del “Sermón de la montaña” es evidente y remite expresamente a dos situaciones que quedan muy claras: bendición y gozo para quien escucha y “hace” la Palabra de Dios, estas palabras de Jesús. Y, por el contrario, maldición y tristeza para quien escucha y no hace. Dos situaciones muy evidentes: hacer lo que dice Jesús es subsistir, ser, permanecer; no hacer lo que dice Jesús es venirse abajo, desvanecerse, ser nada.

Para S. Mateo este doble contraste de actitudes y sus consecuencias puede ser calificado de “sabiduría” o de “necedad”, en el sentido bíblico de los términos, pues revelan la adhesión o la ruptura con respecto a la Ley de Dios, la nueva Ley de Dios, que requiere precisamente fidelidad; seguimiento, de la voluntad divina.

Estas palabras del Señor nos brindan, pues, la ocasión de recordar la estrecha relación que debe haber entre conocimiento y amor, entre fe y vida. Una experiencia religiosa auténtica combina siempre estos elementos. Es verdad que no se puede pretender amar una realidad si antes no se la conoce. Ni se puede decir que verdaderamente se la conoce si no se la ama. Esto es enteramente válido en nuestras relaciones con Dios. Hay, por tanto, que desconfiar de una concepción intelectualista, puramente teórica de la fe, donde basta con entender y decir, y no se pasa de ahí; como también hay que evitar el polo opuesto; entender la fe sólo como experiencial y empíricamente, reducida a sentimientos y gestos devocionales.

Las palabras del Señor, esta enseñanza evangélica, nos proporciona la luz necesaria al respecto y nos abre el camino justo, correcto. Estamos en una situación privilegiada: todo cuanto necesitamos conocer de Dios nos lo ha dado a conocer; se nos ha revelado y nos pide que le amemos no solo con palabras, sino con la vida; no con miedo, sino con una profunda actitud de agradecimiento ante su bondad y misericordia.

Pidamos al Señor que aquí en el Teologado, en todo nuestro Seminario Mayor, de forma especial, cuidemos esa experiencia religiosa auténtica, integral e integradora, de mucho estudio con mucha oración; con mucha relación y amistad con el Señor. Precisamente para ir configurando, formando, servidores del Pueblo de Dios, que lo sirvan guiándolo por caminos plenamente evangélicos, sin reductivismos o acentos exagerados deformadores.

Desde otra perspectiva, así lo hace notar el reciente y gran documento de estudio y de referencia normativa para nuestros Seminarios: *“El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis Sacerdotalis”*, y por ello traigo aquí y ahora sus palabras: *“El concepto de formación integral reviste la máxima importancia, en cuanto que es la misma persona en su totalidad, con todo lo que es y con todo lo que posee, quien se pone al servicio del Señor y de la comunidad cristiana: El llamado “sujeto integral”, o sea, un individuo precisamente elegido para alcanzar una solidez interior, sin divisiones ni dicotomías. Para conseguir este objetivo es necesario adoptar un modelo pedagógico integral: un camino que permita a la comunidad educativa colaborar con la acción del Espíritu Santo,*

garantizando el justo equilibrio entre las diversas dimensiones de la formación” (n.92).

Por ello, añado por mi parte, el deseo lógico de ir siempre integrando plenamente en la formación de nuestro Seminario las cuatro grandes dimensiones de la formación que destaca el documento: la humana, la espiritual, la intelectual y la pastoral. Hemos hecho especial referencia, desde la figura de Santo Tomás, en la relación profunda entre la intelectual y la espiritual, pero que duda cabe que ésta debe asentarse en una mente y un corazón equilibrados, con una sana madurez afectiva, y debe orientarse a ser sacerdotes apasionados por el Evangelio, que viven una madura comunión con la Iglesia, por lo que son creadores de comunión con relaciones personales y comunitarias unitivas y pacificadoras, hombres de positividad en el trabajo y la encarnación, disponibles a que la gracia del Espíritu os vaya configurando al Buen Pastor, para dar la vida no por abstracciones ni ensoñaciones sino por unos hermanos que peregrinan con sus bienes y sus deficiencias en una Iglesia con rostro a la que se ama y sirve, nuestra diócesis. En función de ello, todo y todos: rectores, directores espirituales, formadores, profesores. Todos en unidad y armonía pues el objetivo nos supera a todos; en unidad y armonía, con entusiasmo, con todas nuestras fuerzas; con la ayuda de Dios, con la cual tenemos consistencia, permanecemos; somos, como Jesús nos ha recordado hoy en su Evangelio.

Solo me queda, pues, animaros a que supliquemos al Señor en la Eucaristía por todo lo que hemos dicho, y que lo pongamos bajo la intercesión de Santo Tomás de Aquino, y especialmente bajo el manto de Santa María, Madre de Dios, Madre del Buen Pastor, Madre de nuestros seminaristas. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.